



Recuerdo de Alone

Un sentido y elevado artículo de Luis Sánchez Latorre a la muerte de Alone se inicia con la siguiente cita del literato recién desaparecido: "Existe un modo de evocar a los muertos más eficaz que dejarlos flores junto a la tumba: es abrir algún cajón olvidado y oír un manejo de viejas cartas. La luna, por pesada que sea, se levanta, y el amigo acude a sentarse junto a nosotros".

Desde muy joven el a mi padre, cultor de la poesía y de la historia, ese nombre de Alone para él admirable y a la vez temido. Ya, después de muchos decenios, por una feliz coincidencia llegué a conocerlo, a seguirlo, a quererlo. Nuestro común y recordado amigo, Juan Guzmán, a quien había facilitado los originales de un cuento por mí escrito, me pidió autorización para pasárselos a Alone, quien se comprometió a devolvérmelos directamente. Así lo hizo, pero venían acompañados de una carta que me llenó de orgullo; jamás había solado recibir del primer de nuestras letras palabras tan cariñosas. Le agradecí, y le pedí permiso para colocarlas en el postigo. "Para eso se las he mandado", fue su respuesta, aunque debí advertirle que "El hermoso mundo de Nahui" (así se llamaba el cuento) se publicaría en una corta edición destinada a repartirse entre mis conocidos.

Dion Hernández tenía por cierto grandes condiciones literarias y un estricto espíritu de justicia. Sus ojos eran inquisidores y profundos, pero, paradójicamente, de ellos brotaba una mirada de dulzura poco común. Yo escribía con ánimo de contrariar, pero él me criticaba por los materiales con los que pretendía dar efecto a mis palabras. En una ocasión me entregó algo de su propia pluma. "Esto es para usted, me dijo, aunque está sin terminar".

A raíz de su muerte, conmovido mi espíritu, busqué en un viejo cajón cuanta carta hallamos cambiado y más de algún artículo inédito de su pertenencia, como el que a continuación prosigue, y que titulaba "La opinión propia y ajena", el cual, como ya he dicho, no estaba terminado. Pero no importa; su cuerpo bático irradiaba la bondad con que Dion decidió al fin premiarlo, y la justicia que proviene de una razón lúcida aunque tal vez martirizada. Aquí va lo escrito por Alone.

"Dice usted, he tratado de desprenderme de la paternidad del libro y muy fríamente lo he vuelto a leer en varias ocasiones. Signo considerándolo ágil, ártico y profundo.

Compendo perfectamente que un autor tenga buena opinión de su propio libro, hijo de sus entrañas, obra de su amor. En el fondo, por lo mismo en el instante mismo de la concepción, y aun después, mientras está elaborándolo, éste es el estado de ánimo natural en todo artista. De otra manera ¿para qué lo habría hecho?

Pero de ahí a decirlo tan claramente como usted lo dice con todas sus letras, hay alguna distancia y median no pocos polígonos. Desde luego, es contar demasiado con la bondad de espíritu humano y con su falta de malicia. Como toda obra personal, hay grandes posibilidades de que un libro, como un hijo, se parezca mucho a su autor y alabarlo equivale a alabarse. Y ¿quién se jactaría de conocerse a sí mismo lo bastante para poder juzgarse con imparcialidad?

Me dice que algunos críticos, y además el público, concordaron en no coincidir con usted en la calificación de su anterior obra, que por fin quedó sepultada. Ahora he sabido que se propone escribir otra dentro de la misma línea y con idénticos propósitos. Me permito aconsejarle que lo piense bien.

Además, tal vez sin repararlo, invadía usted con su obra anterior, y se dispone a invadirla de nuevo, una que podría llamarse zona prohibida de la literatura: la descripción de la felicidad.

¿Qué tiene esa tentativa que la predetermina a fracasar? Diríase que a la gente no le gusta ser feliz. O que los otros lo sean. En segundo, desgraciadamente, no es del todo inverosímil. ¡Ay! la "tristeza por el bien ajeno" juega un papel demasiado importante en la evolución histórica para que nadie pueda ig-

norarla. Pero la propia dicha, la personal íntima, ese supremo desideratum ¿ha visto usted qué mal le fue a la mayoría cuando se la atribuyen sin más ni más? Aun los más insusceptibles de una desgracia oculta alzan las cejas, suspiran, mueven la cabeza y dan a entender cosas terribles, insidiosa que "la procesión va por dentro" y con mucho campante, como le oímos agregar a don Crescencio en sus últimos años. Esto es la vida.

En el arte, el fenómeno es aún más visible. Basta la contrapropuesta flagrante del atractivo que fascina y que ejercen los espectáculos ajenos para convencerse de que la misma mayoría de los lectores no busca en los libros una hora de paz. Más bien se diría todo lo contrario. Siempre recordará las instancias con que un amigo me rogaba, me exigía,

que por favor leyera "La hora 25", entonces de gran moda. Como argumento decisivo me aseguró que su lectura "ponía los pelos de punta". Como si la vida real no ofreciera motivos suficientes para sufrir tales estremecimientos!

La verdad, es uno de los muchos motivos dolorosos, una especie de vértigo que ejerce el sufrimiento. ¿A usted no le sorprende nada, por ejemplo, que corrientemente, para ponderar mucho el espanto de una escena, se oiga llamarla "dantesca", como sinónimo de diabólica o infernal? Todos olvidan que, además de la primera parte, el Dante escribió una segunda, que son el Purgatorio y el Paraíso. Estas no cuentan, no se leen, se borran de la memoria.

Por desgracia, temo que lo voy a convencer. Lo que usted persigue es otra cosa. Su

placer, como tan a menudo ocurre, es lo que cuenta, no lo que tiene a la mano y se le entrega fácilmente. Cierro que, según dicen, no se escribe bien sino lo que cuesta escribir. Pero es justamente lo que temo para usted. Y aunque lo consiga... ¿Sabe usted que cada día me gusta menos la literatura consagrada, la forma trabajada? ¿Para Boleau están los tiempos? Que se den ese trabajo los que no tienen nada que hacer.

Desgraciadamente por la muestra de su anterior libro y algunos otros síntomas, veo que lo que usted quiere es repetir la historia, crear un paraíso, hacer vivir un mundo que no existe y donde reina la felicidad.

Hay algo muy curioso en esto de la felicidad: se la quiere, se la busca, se la persigue, y, al mismo tiempo, se la mira con un gesto de menosprecio, casi de repugnancia. En un salón donde se discute de ideas, una señora expone las suyas venidas de la India con tanto fervor, que otra le preguntó casi agresivamente:

—Y usted dígame, ¿se siente feliz con estas prácticas?

La otra repuso, pronunciando lentamente las palabras: —Me siento completamente feliz.

Viera usted la mirada que le respondió, casi de odio, y el silencio que se hizo, un poco escandalizado, como si alguien hubiera dicho algo inconveniente.

Es que la palabra "felicidad" se asocia estrechamente a la palabra "placer" y ésta, ya lo sabemos, no evoca delicias celestiales, sino más bien lo contrario.

Un cortesano de Versalles, viendo en Roma la celebre Santa Teresa en éxtasis de Bernini, exclamó: ¡Ah! ¡ésta es la dicha celestial, yo también la conozco! Muchos hallan esta estancia inconveniente.

Pero no sólo en las mentes de bajo nivel cargadas de malicia se forma esa turbia asociación. En confidencias personales en su vejez, Einstein declaraba: "Buenestar y felicidad nunca me parecieron un fin absoluto. Incluso me siento inclinado a comparar tales fines morales con los ambiciones de un credo".

Me aquí lo que pueden las malas compañías: el más inocente de los vocablos, que perfectamente puede expresar las alegrías de un santo, se ve condenado a la ignominia por un error. Y este error debido a una falta de análisis lo comete "el hombre más inteligente del mundo".

¿Y usted piensa dedicar otro panegírico a ese lamentable fantasma? Tenga cuidado.

Hay algo más todavía. Fuera de su fama de malo, el placer, o mejor, la imagen, la pintura del placer, crea fama de insipido, retrasa al lector. Porque así como excluye la bondad, o al menos la vuelve sospechosa, la dicha y el placer no existen sin una mezcla de dolor. Y mientras más horrible y más espeluznante es, más atractivo ejerce, más emociones causa.

Pero nunca he visto la fascinación que produce el sufrimiento ajeno y la necesidad de contemplarlo como en una iglesia en los alrededores de Roma. Había a un costado un pequeño cuadro oscuro que pintaba del modo más elocuente las dolencias del paraíso celestial. Con este objeto, el pintor había reunido a un grupo de bienaventurados a lo largo de una baranda, y afirmado en ella "pasando" del espectáculo que abajo les ofrecían ¡qué se imagina usted!: los padecimientos de los condenados retorciéndose entre las llamas eternas. Sin ellas la gloria les parecía insípida. Así dicen que el perfume más fino lleva siempre partículas de sustancias diferentes, y que no hay trago sabroso sin gotas de amargo.

Y es que el dolor y el placer, como la vida y la muerte, forman una sola unidad y se complementan. Usted, que es aficionado a la filosofía y que hasta por la teología se interesa, podía aplicar estas reflexiones a la estética, que por lo visto insiste en tentarlo.

La anterior reproducción es un modesto homenaje a las condiciones de Alone, que mediante otro recuerdo pueda atenuar en algo siquiera el dolor de su partida.

Carlos Vial Espantoso



Recuerdo de Alone [artículo] Carlos Vial Espantoso.

Libros y documentos

AUTORÍA

Vial E., Carlos, 1900-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1984

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Recuerdo de Alone [artículo] Carlos Vial Espantoso.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile